



DESDE EL ALTO REINO

Era como si hubiese entrado a formar parte de una solución líquida en un matraz gigantesco, como si fuese objeto de alguna operación alquímica en el corazón de un inmenso laboratorio, o como si se hubiese convertido en una mota de polvo que flota ingrávida en lo más alto del transepto de una catedral gótica, por debajo de una vidriera por la que la luz cae en haces de rayos que se pierden en las tinieblas sin tiempo. Era... como si hubiese agua a su alrededor, o como si un aire tan pesado como ella lo rodease. Le costaba moverse, pero no estaba mojado. Era, en definitiva, un lugar místico.

La mano invisible que tiraba de él lo dejó flotando en medio de esa nada inconmensurable, y la luz comenzó a brillar desde lo alto, y entonces, sólo al aparecer aquella luz, tuvo la sensación de terror más profunda que lo hubiese asaltado jamás: él sólo era una diminuta mota que flotaba en un abismo. La oscuridad era profundidad, una profundidad sin medida, y los rayos caían y se dispersaban en las tinieblas, surgiendo de una grieta de luz abierta en las alturas, como una línea flamígera en su centro que se reblandeciera y destellara al entrar en contacto con la oscuridad.

La silueta de la mano invisible se recortaba como un cuerpo semitransparente al moverse por encima de él, pero la mano no estaba sola, como pudo comprobar, y descubrió la forma de una garra

de cuatro dedos que cambiaban de forma al ser tocados por el resplandor de arriba, unida a una misteriosa esencia que no acababa de definirse.

Debió haberlo pensado antes: la mano invisible tenía que pertenecer a alguien, aunque ese alguien fuese, a su vez, invisible, y su única manifestación como médium en el mundo terrenal fuese la escritura en un pergamino de especiales condiciones... el pergamino que habían encontrado junto al cadáver de su abuelo.

Iba a seguir pensando en esa y otras muchas cosas, cuando las luces relampaguearon arriba, y la figura de su madre apareció frente a él.

—¡Madre!

Podía escuchar su voz a pesar de no haber pronunciado palabra alguna.

Su madre se acercó lentamente y de pronto estuvo frente a él, con sus ojos de un verde almendrado y sus cabellos agitados. Parecía completamente sana. Se tranquilizó. No sabía que eso fuera posible, al menos en circunstancias como las suyas —después de enfrentarse al ejército de los inquisidores, batirse en duelo contra un lord tenebroso y abrasar vivo a un maestro de torturas—. Sin embargo, estaba allí, y fue como si todo hubiera sucedido... hacía muchísimo tiempo.

Ella parecía sana, no había marca alguna que evidenciase que le hubieran hecho daño.

Cerró los ojos y se abrazaron.

—Madre.

—Estoy bien, Curdy, mi querido hijo.

Ella le apartó los cabellos rojos y desordenados del rostro.

—Has hecho tantas cosas por mí —dijo ella—. Ojalá todas las madres tuviesen hijos como tú.

Curdy no supo qué decir. Pero rápidamente tuvo la sensación de que no todo sería como él esperaba.

—¿Te he liberado? ¿Dónde estamos?

Su madre lo había agarrado por los hombros y lo miraba, interponiéndose a la nebulosa lumínica de arriba.

—Me has salvado, hijo. Estaba allí dentro, encerrada. Querían que te atrajese hacia la caldera.

—La sangre de los magos...

—Esa sangre reunía un gran poder y abría una puerta en el no-tiempo. Por eso Grendel pudo acercarse a nosotros. Tuvo que elegir entre atraparte o hacerse con la Corona de Hierro.

—¡La he perdido!

—Ya no importa, es tarde para eso. Lo has hecho muy bien.

Curdy se sintió defraudado consigo mismo, pero después el mundo entero le dio igual. Sabía que se marcharía con su madre a alguna parte, lejos, que la había salvado y que nadie volvería a robarle jamás un miembro de su familia; al menos su madre y él seguirían juntos...

—¿Y los demás?

Curdy se dio cuenta de que ella escuchaba todo lo que pensaba como si leyese su mente con una transparencia absoluta.

—Los demás... ¡no confiaron en mí! No me importan —respondió el chico.

—Sí que te importan. Todos ellos te importan, por eso te sientes herido, pero esa no es razón para tratar de olvidarse o de rendirse...

—No lo entiendo. No importa lo que sienta... ¿Dónde estamos?

Curdy se aferró a las manos de su madre con miedo; había mirado a su alrededor, y flotar sobre aquel abismo le angustiaba.

—Estamos lejos de todo; ahí arriba —El dedo de la mujer señaló a lo alto— están las Puertas de Salomón. —Curdy abrió desmesuradamente los ojos; las leyendas alquímicas cobraban forma ante sí—. Esa luz viene del Alto Reino. Muy pocas veces se abren las Puertas, y ahí arriba estás viendo la Entrada.

—¡Oh...!

En ese momento algo tocó su nuca y al volverse vio otra vez la silueta de la mano de cuatro dedos recortada contra la luz. Iba unida a una gasa de vapor larguísima que ocultaba la figura deforme de una cabeza, y le resultaba difícil distinguir brazos o piernas. Estaba seguro de que la mano invisible era alguna clase de espíritu, cuyo

pergamino había servido de ayuda durante su huida. Pero ese pergamino había sido propiedad de fray Gaufrey, y si lord Malkmus había dicho la verdad, fray Gaufrey era su abuelo. Se sintió confuso y la ira apresó sus pensamientos.

—Él era tu abuelo, hijo, es cierto.

Curdy miró hacia lo alto, sin soltar en ningún momento la mano de su madre, y distinguió, al fijarse con atención, miles de formas difusas que cruzaban la luz y que se dispersaban al atravesar los haces de rayos.

—Espíritus, espíritus que custodian las Puertas de Salomón...

—Espíritus *elevados* —añadió una voz.

Curdy se volvió hacia la mano.

—No te asustes —le pidió su madre—. Es Asmodeo.

—Recuerdo en parte su nombre... un demonio.

—No exactamente —replicó la voz metálica junto a ellos.

—Estás ante el Portal de Salomón, el acceso al Alto Reino desde el Abismo de los Caídos. Muchos espíritus superiores se precipitaron por ese Abismo al ser tentados por las profundidades. Yo estaba allí mucho antes —replicó la voz—. Supongo que recuerdas el nombre del espíritu que ayudó a Salomón a construir su templo, ¿verdad?

—Lo recuerdo. Fuiste tú —aseveró el chico.

—Pues eso no es nada en comparación con otras grandes creaciones... y el Portal es la más grande de todas —siguió el espíritu—. Pero sucede que en la mundana tierra se tiene un mal concepto de cualquier fuerza superior atraída desde el no-tiempo para actuar de forma controlada o incontrolada.

Curdy trató de escrutar las largas hebras de esencia que se transparentaban en la luz difusa.

—Este es el Abismo de la Caída... sería demasiado largo de explicar —prosiguió la voz—. Aunque los alquimistas han decidido llamar al Abismo el no-tiempo, ¡curiosa invención!, no es del todo incoherente, dada la ausencia de tiempo. No te creas que por aquí pasa cualquiera...

Curdy abrió la boca para formular una pregunta, pero el ente le respondió:

—No, no lo hagas. No hagas preguntas que no puedo responderte. Me atan pactos inviolables desde hace miles de años... hay preguntas sobre la vida y la muerte que no deben ser respondidas. Ahí arriba están los que más mandan, pero más allá están otros. Posiblemente los alquimistas mundanos los habrían llamado el Consejo, pero ellos se hacen llamar el Coro del Abismo, y más allá está el Coro de las Potencias, y la Orden de los Tronos... No es que se dediquen a cantar... pero cuando toman una decisión la toman entre todos, sin lugar a dudas, al unísono. Podéis acceder al Alto Reino... pero antes me han pedido que te haga saber algo.

Curdy miró a su madre con sorpresa.

—¿Estamos muertos?

—No, claro que no: habéis sido... transfigurados. Cuando alguien llega al Abismo, ha perdido toda memoria o gran parte de ella y entra a formar parte de algo que no se puede nombrar, que es inmenso y que no puede ser explicado. Pero cuando alguien entra en contacto con una puerta y la atraviesa, puede acceder transfigurado al Abismo.

—No te entiendo...

—No me has dejado acabar... Cuando alguien se transfigura y logra escapar, puede encontrarse ante la Invocación de Salomón, y entonces llegas al Portal y aquí el Coro del Abismo emite su veredicto tras consultar a los Círculos de Arriba. Y el veredicto es que podéis acceder al Alto Reino.

El rostro de Curdy se iluminó.

—Pero el Coro quiere que hables con tu madre... de algo.

Gotwif acarició el rostro de su hijo.

—Ya sé que quieres seguirme, y yo quiero que vengas. Pero tú has demostrado ser tan valiente...

Curdy tragó saliva.

—Me piden...

—Que te vayas —acabó el chico.

La dureza de las palabras de Curdy ensombrecieron el rostro de su madre, lleno de tristeza.

—No debes hacerlo si no quieres, pero nadie mejor que tú para salvar a tanta gente; has logrado traerme hasta aquí, si no llega a ser por ti continuaría presa en esa cárcel mágica, pero gracias a ti Gren-del vino, rompió las puertas y la caída de la Corona de Hierro bastó para arrastrarnos muy lejos. Ahora el Sumo Inquisidor volverá a Hexmade...

—¡Whylom Plumbeus! —exclamó Curdy. Su madre lo miró con gran pena.

—Las armas de las tinieblas son grandes, y largas sus garras... Pero no te pido que vayas en busca de venganza, te pido que los ayudes a ellos, igual que me has ayudado a mí.

—¡No sabes cómo me han tratado! Incluso Luitpirc...

—Luitpirc confiará en ti, sólo tienes que tener fe...

Curdy se quedó pensativo. Era el momento de la venganza, pero si alguien quería su ayuda, tendría que darle ciertas garantías. No volvería a enfrentarse a los lores tenebrosos sin arma alguna, como había ocurrido tras su despido de Hexmade. Ella estaba a salvo... Y eso era lo más importante de todo.

—Y ¿cómo volvería y para qué?

—Volverías igual que has venido. Puedo arrastrarte hasta una de las salidas sin grandes dificultades; lo complicado es entrar sin transfigurarse —respondió el espíritu—. Y no olvides que lo que más codicia Aurnor es... el Arca de la Alianza, la reliquia más poderosa desde los tiempos de la Antigüedad. Antes de que los sirios y los asirios desolasen los desiertos y antes de que los demonios instruyesen a los grandes hechiceros, antes de todo eso existía el Misterio del Arca. Es necesario que alguien lo lleve al corazón del laberinto.

—¿El laberinto?

—Hexmade, toda la comarca, está construida sobre un laberinto, y en el centro del mismo se encontrará escondida y protegida el Arca de la Alianza. Cuando eso suceda Hexmade estará a salvo... pero hasta ese momento...

—... nada podrá librarlos de las fuerzas de los lores tenebrosos cuando vayan hacia allí —acabó su madre.

—Y Whylom Plumbeus sabrá cómo señalarle al camino a lord Malkmus de Mordrec —añadió el chico.

Curdy se debatía. Intentó buscar ayuda en su madre.

—¿No quieres que vaya contigo?

—¡Claro que sí! Pero el Fuego de Aurnor es temible, y tú puedes ayudarlos. ¿De qué sirvieron las muertes de tu padre y de tu abuelo? Ellos sabían que tú podrías enfrentarte a él, has demostrado que puedes hacerlo —le animó ella.

Curdy se acordó vagamente de Guntram, el caballero errante que se disponía a partir hacia los grandes desiertos del este en busca del Misterio del Arca. Todo el mundo hablaba de aquella reliquia de incalculable poder, pero nadie sabía explicar ni su contenido ni su procedencia, ni su utilidad. Poder... pero ¿qué poder encerraba? ¿Acaso una magia superior al tiempo?

—El Arca exige dedicación a sus benefactores, para llegar al Misterio no se hacen preguntas —dijo el espíritu.

Curdy se ensimismó y pensó en su padre, y en fray Gaufrey... deseó venganza. Si el Arca era la manera de enfrentarse de nuevo a lord Malkmus, estaba bien, así sería.

—Volveré —dijo Curdy con decisión. Pero su madre leyó rencor e ira en sus ojos.

—Cuidate de las armas de las tinieblas, porque pueden seducirte... Los más valientes son sus mejores adalides... Prométeme que llevarás mucho cuidado.

—Lo prometo, madre.

—Está bien... Asmodeo volverá contigo, ésa es la condición.

—La condición del Coro —añadió el espíritu.

Curdy apreció la sombra del espíritu e imaginó que aquella criatura en su mundo perdería gran parte de sus poderes; había estado relegado a una mano escribiente durante muchos años...

—Está bien, pero Asmodeo tendrá que obedecerme —exigió Curdy—. Eso tiene que quedar claro.

Su madre se volvió hacia las luces y después miró a Curdy, asintiendo.

—Un espíritu de tan grande poder no puede volver sin custo-

dia alguna a la tierra de los hombres mortales. Dispondrás del fuego del Fénix y de Asmodeo. Pero algo me piden que te diga: escucha sus consejos. Escúchalos, por favor.

Curdy habría jurado que el espíritu se había agitado a su alrededor propagando su esencia, que se había hinchado como un velo inmenso.

—Aceptado —dijo la voz de Asmodeo—. Serviré al mandato de mi señor Salomón.